Mas que a nada en el mundo

Nimphie Knox

Más que a nada en el mundo

Nimphie Knox

Más que a nada en el mundo

-8

El Gran Incidente, como solía llamarle Gustav Leighton, había sucedido una noche de verano cuando a Erik Meyer se le escapó de casa su primera mascota: un gato escuálido y lleno de pulgas, de color gris y con la cola pelada. El animal estuvo subido a un árbol durante toda la noche, maullando por no poder bajar. Erik, por su parte, acampó allí mismo a la espera de que algún alma compasiva se apiadara de su gato y de sus mocos. Gustav, nuevo en el vecindario, sólo había visto al niño un par de veces. Era la cabeza rubia que se asomaba por encima de los arbustos del jardín, las medias pequeñitas que colgaban a secar en la ventana, o los llantos desesperados que estallaban cuando aquella señorita de pocos escrúpulos y mucho escote lo encerraba en alguna habitación de la casa.

A Gustav siempre le había causado lástima. Esa noche, al oír la serenata del llanto y los maullidos, lo vio por primera vez. Era paliducho y nada bonito, con unos ojos medio grises o medio verdes que le recordaron al vasito del agua sucia donde su hermano enjuagaba los pinceles cuando era niño. Tenía la nariz respingona como el tobogán del parque y salpicada de motitas color té con leche. Sin embargo, el cabello era lindo: castaño y ondulado.

—Eeh, ¿qué pasa? –Le preguntó Gustav. Erik levantó su cabeza llena de rizos. Los lagrimones le inundaban la carita de ratón y cuando abrió la boca para explicar entre sollozos el asunto del gato, apreció que necesitaba aparatos de ortodoncia con urgencia.

Gustav se subió a una escalera y, agarrándolo del pellejo fofo, bajó el gato. Era un bicho con cara hambre, la cabeza enorme y el cuerpo pequeño. Todavía era cachorro. Como Erik. Observándolo a la luz de las farolas, vio que el animal estaba apestado de pulgas. Con un mohín, lo soltó entre las agradecidas manos de su dueño. El chico lo abrazó, le besó la panza peludita y se lo metió en el bolsillo del sweater. Entonces se secó la nariz con el dorso de la mano, se limpió esa misma mano en las rodillas del pantalón y, acercándose a Gustav, le rodeó la cintura con los brazos…

—¡Gracias, señor!

Esa noche habían comenzado los problemas.

-7,98

«De tal palo, tal astilla», solía decir la madre de Gustav cuando miraba los hijos ajenos. En eso él le daba la razón. Con el paso de los años había podido conocer más a aquella señorita de tacos altos que salía muy temprano en la mañana y llegaba demasiado tarde en la noche. La madre de Erik era su madre, eso no podía dudarlo. Tenían el mismo pelo rubio oscuro y las mismas pecas en la nariz. Tal vez, solía pensar Gustav, si el chico hubiese nacido parecido al padre, lo podría haber identificado entre todo el grupo de hombres que desfilaban por la pasarela de aquella mujer.

El catorce de febrero de sus veintitrés años Gustav llevó a casa su primer «novio de verdad», un chico con el que compartía un par de asignaturas en la universidad de ciencias exactas. Fue una noche en que sus padres tenían un congreso de cardiología fuera de la ciudad, meses antes de que se mudaran al centro. Una luna llena indigestada brillaba como la bola de cristal de una adivina y el calor soplaba un viento tibio para despertar a los mosquitos. El Novio se había agarrado el pedo de su vida. Tomando sólo vodka con Fanta, el vómito había salido de color naranja.

—Llévame a tu casa, hijo de médicos –balbuceó el Novio, agarrándole de la chapita que le colgaba del bolsillo trasero. Gustav lanzó una risotada.

—¡Pensé que me dirías «hijo de puta»!

Cuando llegaron al edificio, por obra esos milagros que sólo les suceden a los borrachos y a los católicos, se habían caído en el jardín justo antes de entrar a la casa, como un castillo de naipes donde una carta empuja a la otra.

—¡Hijo de…!

¿Puta?

La luz de la casa de la puta, es decir, de la casa de Erik, porque la madre de Erik era eso, una puta… estaba encendida. El Novio trepó por sus piernas y se apeó de su cinturón. A Gustav la escena le hizo acordar a las aerosillas de los parques de diversiones, donde tenía que aferrarse

con fuerza a un caño para no vomitar el desayuno o el almuerzo o la cena o los cinco vasos de vodka con Fanta…

Erik estaba despierto. Sabía lo que estaba pasando en la habitación de al lado, porque escuchaba música. Cuando su mamá se encerraba con la música a todo volumen, en esa habitación solían suceder cosas. Hacía un mes había visto en la tele como una parejita adolescente se encerraba en un armario y se abrazaba muy fuerte. Cuando le preguntó a su madre qué estaba haciendo la parejita, ella se había empezado a reír como un loro… Bueno, Erik pensó que si los loros podían reírse, de seguro lo hacían como su madre.

—Van a follar –exclamó ella, reprimiendo un eructo fragante a espuma de cerveza—. El chico le quitará toda la ropa y le mostrará el paraíso. —El único paraíso que conocía Erik era la tienda de plantas de la esquina. Y en la película no salía ninguna tienda de plantas…

Erik sabía que en la habitación de al lado no había plantas ni tampoco había flores, pero sí había un armario. La música debía ser para dar ambiente, para ponerlos al tono. A su madre y a… ¿David? ¿Ben? ¿Mark? Si tenía bigote, era Mark. Pero no, no recordaba que tuviera bigote… entonces era Ben. Pero no… porque este era moreno y Ben era castaño. Debía de ser David… pero David se había rapado la cabeza la semana pasada. Bueno, al diablo. David o Ben o Mark había llegado hacía media hora, en una moto gigantesca como un mamut que rebuznaba como una bestia hambrienta. Apenas entró en la casa, abrió el refrigerador y sacó una botella de cerveza. David o Ben o Mark llamó a su madre «gatita», dijo algo acerca del «susodicho»… y entonces ella agarró a Erik de la camiseta de la Barbie en Fairytopia y lo metió a su dormitorio de un empujón, diciéndole que hiciera los deberes, corazoncito.

—¡Pero estamos en vacaciones!

Erik estaba harto de pasarse los fines de semana encerrado. Llegaba a un punto en que se cansaba de dormir y el hambre le ganaba al sueño. A veces su madre se olvidaba de abrirle la puerta y lo dejaba allí hasta el lunes por la mañana. Entonces le pedía disculpas de todos los modos imaginables, le compraba un chocolate de cincuenta centavos, le llamaba «mi bebito» y le prometía que jamás volvería a pasar…

Pero Erik sabía que sí volvería a pasar. De hecho, Erik ya sabía muchas cosas. Sabía que «el paraíso» no era más que una metáfora idiota para referirse al sexo, sabía que su madre ponía la música para que no se oyera el escándalo y sabía que el hombre del mes pasado estaba para comérselo... Era un tipo alto y con el pelo oscuro medio rizado, que vestía las mismas camisas de los modelos de las revistas, fumaba los cigarrillos de las propagandas de televisión y solía decir «permiso», «por favor» y «gracias». Se llamaba Lucas y siempre llegaba con un libro bajo el brazo. Cuando vio el libro, Erik estuvo seguro de que no duraría más de tres semanas…

Suspirando porque jamás volvería a ver al buen Lucas, apoyó los brazos en la ventana y sumergió los ojos en la tibia y lejana oscuridad del jardín.

-7,92

Un mes después del Gran Incidente, Gustav encontró a Erik llorando en el patio con el gato en brazos. Tenía que regalarlo, le dijo. Su mamá no le quería comprar la comida ni las piedritas para que hiciera pis. Ya hacía una semana que lo alimentaba con huevos duros y arroz. Su madre se había dado cuenta y le había dado tal bofetada que Erik pensó que en cualquier momento se le saldría la cabeza y saldría rodando.

—¿Lo quieres? –le preguntó alzando al gato, mostrándoselo. Gustav lo miró. El animal parecía estar enfermo o bien de muy mal humor. Tenía la barriga hinchada como una pelota de tenis y de los párpados le colgaba una sustancia viscosa y medio amarillenta. Miró a Erik. Tenía las cejas fruncidas en un ángulo de treinta grados y los ojos aguados como una ventana empañada. La boca era un puchero lastimero por donde se asomaban los dientes torcidas…

Gustav suspiró. Sacando un cigarrillo de la caja, lo prendió con el encendedor que se había comprado esa mañana en el tren y se sentó junto al chico en la banca del jardín.

—¿Cómo se llama? –quiso saber, acariciándole la cabeza al desafortunado gato.

—Michi.

—¿Y Michi es nene o nena? —Erik puso al gato sobre su regazo, lo extendió en todo su largo y le abrió las patas como a una tijera.

—Nene –dijo, señalando el bulto peludo que tenía centímetros arriba (o abajo) de la cola. Gustav se rió y le dijo que no le hiciera eso, que lo estaba avergonzando frente a un extraño. A Erik se le pusieron las mejillas coloradas, agarró al gato, le besó la panza y le pidió perdón por haberlo avergonzado. En ese momento se oyó un portazo y la cabeza rubia de la madre se asomó jardín afuera. Le gritó que tirara a ese animal inmundo a la mierda y que entrara a la casa, carajo, que ya era tarde. El niño bajó la cabeza y tembló. Un sollozo hueco le salió del pecho.

Con un nudo en la garganta, Gustav agarró el gato, le dio una palmada en la espalda a Erik y le dijo que podría visitarlo cuando quisiera.

-4

Erik se había tomado muy en serio aquel «cuando quisiera». De repente tenía muchas ganas de visitar al vecino Gus. Las ganas le entraban en medio de la clase de plástica, en la mitad de la noche y, por sobre todas las cosas, cuando lo encerraban en el dormitorio…

Hasta los once años había soportado comer las sobras, vestir ropa usada, pedir prestados los útiles escolares y que se le hiciera agua la boca cuando pasaba por la tienda de golosinas que estaba al lado del paraíso. Es decir, de la tienda de plantas. Y fue un ángel de ese paraíso quien le entregó la salvación, hecha un montoncito de billetes de cinco pesos.

En realidad, de ángel tenía bien poco. Era la dueña del vivero, tenía casi ochenta años y se apoyaba sobre un bastón para poder regar los rosales. Cuando Erik la vio, le ofreció ayuda… y entonces la vieja le dio una manguera, una regadera, un delantal mugriento y le dijo que quería todo terminado para las siete de la tarde y que ni se le ocurriera robarle nada. Se encogió de hombros. Si le llevaba una planta a su madre de seguro acabaría fumándosela junto a los golfos de sus amigos, de sus amigas, y junto a uno más que Erik no sabía si era amigo o amiga, porque a pesar de tener cuerpo de amiga, tenía voz de amigo…

Doña Angélica, si podía permitírsele el nombre, le pagó su primer sueldo una calurosa tarde de diciembre bajo un sol de mil quilates que le había hecho transpirar como a un buey. Con la camiseta pegada a la espalda, Erik corrió hacia la heladería del barrio… y se escondió detrás de un árbol cuando vio allí al vecino Gus, en compañía de un desconocido que le habría parecido guapo sin todos aquellos granos. Y Erik abrió mucho los ojos y abrió aún más la boca cuando el chico de los granos miró hacia los costados, metió un dedo en la crema americana y se lo acercó a Gus a los labios, quien lo chupó hasta dejarlo completamente limpio. Erik entornó los ojos. No, no había tetas. Era un chico.

Erik tenía serias dudas con respecto al sexo femenino. Su libido se había quedado con Lucas, su primer amor platónico del libro bajo el brazo. Con el paso de los años su rostro se había ido difuminando, como barrido por el viento. A veces, cuando su madre estaba con un hombre en la habitación de al lado, Erik cerraba los ojos y se acordaba de Lucas…

-2,92

Gustav y Danny, el chico del acné, dejaron de verse semanas después de que Erik cumpliera los trece. La relación se había ido apagando, se había vuelto monótona y aburrida. Gustav se dio cuenta de que lo único que hacían bien juntos era follar. Y veces ni eso. Se sorprendió bastante al notar que no le dolía demasiado la ruptura.

¿Podían seguir siendo amigos, no?

A Gustav no le gustaba la idea, de modo que su respuesta había sido un silencio obtuso. No podía imaginarse para qué podrían verse si no era para decirse tres palabras y aterrizar en la cama.

—¿Cómo está Michi, Gus? –preguntó Erik, que se había mostrado demasiado sonriente los últimos meses. Puso una maceta junto a la puerta, para que no se cerrara, y se sentó junto a él en la vieja banca de piedra. Michi ya era todo un hombre, todo un señor gato, le dijo. Pesaba cinco kilos y estaba pensando en conseguirse una novia. Erik se rió y se estiró, alargando los brazos. La camiseta se le levantó, dejando ver un vientre blanco, plano y suave—. Ah. ¿Tú tienes novia, Gus?

—No —negó él, tragándose el humo del cigarrillo.

—¿Novio? —Gustav se ahogó con el humo y se volteó hacia Erik, perplejo.

—Tampoco...

—¿Ah, terminaron? —Las cejas rubias de Erik formaban dos arcos perfectos sobre sus ojos de malaquita pulida. Gustav no se lo podía creer.

—Me voy. Tengo que corregir exámenes –mintió. Ya enseñaba álgebra en una universidad y faltaba un mes para los parciales. También formaba parte del Departamento de Ciencias Exactas de una escuela secundaria bilingüe.

—Gus… —se dio la vuelta. Erik lo miraba con una sonrisita pícara y los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Me dejas ver a Michi?

«Excusa», pensó, contrariado, mirándolo a los ojos. Pero había algo diferente en esos ojos, algo que había cambiado. Tal vez fuese el color. Tal vez los ojos de Erik fueran de esos que se camuflaban con el cielo…

Gustav abrió la puerta. El chico entró, se quitó las zapatillas descascaradas y se sentó a su lado en el sofá.

—¿Estás enojado? —preguntó, inclinándose hacia él. Gustav apagó el cigarrillo en el cenicero.

—No —contestó, frunciendo el ceño—. ¿Ya empezaste las clases?

Sí. Había comenzado el primer año de la secundaria en la escuela pública y… ya odiaba a la profesora de matemáticas. Explicaba demasiado rápido, escupía cuando hablaba y tenía una letra (o unos números) horrible. Si tan sólo tuviese alguien que le explicara bien y bonito todo eso de los senos…

Anda, que Gustav no era idiota. ¿Qué pasaba ahí? ¿Qué se traía entre manos ese chico? Erik se estiró a lo largo del sofá y apoyó la cabeza sobre sus rodillas. Él le pellizcó las mejillas hasta que chilló como un gatito y le dijo que prestara atención en clase.

-2,36

La anciana dueña del paraíso murió un frío martes de agosto. Ese miércoles, cuando Erik se presentó a trabajar, halló la tienda a oscuras con un cartel que decía «cerrado por duelo». Ahora su ángel se había ido al cielo… o al infierno, que al fin de cuentas era lo mismo. Erik lloró dos semanas seguidas en el regazo de Gustav, llenándole los *jeans* de lágrimas y mocos, hasta que en el mercado chino que estaba frente a la escuela lo contrataron para atender la caja.

El sueldo era casi el triple, lo mismo que las horas de trabajo. Lo bueno: le daban el almuerzo. Y además, el chico que vigilaba las cámaras de seguridad estaba buenísimo. Se llamaba Liu y debía de rondar los veintipocos. Al primer mes de trabajo, Erik ya había recibido un par de propuestas indecentes que habría aceptado si hubiese entendido la hora y el lugar. Liu apenas sabía decir «hola», «puta madre» y «no hablo español, lo siento; cambio y fuera».

Erik echaba chispas. Cuando al fin pareció que su fantasía se haría realidad (una noche en que el chico le dio a entender con gestos que lo esperaba a la salida, cambio y fuera) cayó la inspección municipal y clausuró el mercado por falta de higiene. Qué vergüenza. Erik no podía esperar a que lo limpiaran, de manera que nuevamente se buscó otro trabajo. Un gótico lleno de cruces, con una camiseta de Marilyn Manson y las uñas pintadas de negro lo salvó de morir desnudo y hambriento. Se llama Nelson, tenía veintiuno, era bisexual y trabajaba en el cybercafé de su tío.

-1

El empleo le vino como anillo al dedo. Nelson estaba un poco bueno, un poco caliente y un poco sucio, pero Erik tenía ya quince años y no le hacía asco a nada. En el cybercafé le pagarían cincuenta billetes las seis horas, que tendría repartidas en todos los días de la semana, domingos incluidos.

Con el primer sueldo se compró un reproductor de *mp4* genérico y unos pantalones ajustados. Esa noche, cuando llegó su reemplazante, corrió hasta su casa con el *mp4* bien guardado en el bolsillo del *jean* y tocó el timbre de su vecino favorito.

Gustav estaba corrigiendo exámenes. Dos timbrazos seguidos, el último más prolongado que el primero, eran heraldos de que Erik quería ver a Michi. Suspiró, debatiéndose entre abrirle o no. Si lo hacía, tendría que enfrentarse a eso otra vez. Al permanente, inconsciente y pueril acoso de ese chico en plena adolescencia…

—*Giuchie, Giuchie, ya ya, dada!* —Erik canturreaba con los auriculares en las orejas y los ojos cerrados. Gustav tuvo ganas de cerrarle la puerta en la cara. Erik abrió los ojos—. Hola –exclamó, quitándose los auriculares de un tirón. Los ojos de gato le brillaban bajo el aleteo de las pestañas larguísimas y la sonrisa se le salía del rostro. Gustav sintió que el antiguo nudo de la garganta se le apretaba más. No, no le cerraría la puerta en la cara, claro que no. Lo haría pasar. Le daría de cenar si todavía no había comido. Le enseñaría geometría si al otro día tenía examen. Le dejaría dormir allí si su madre ya le había puesto el pasador a la puerta. ¿Qué clase de madre dejaba que su hijo de quince años trabajase hasta la medianoche?

—¿Vienes del cyber? —El silencio de la noche le había hecho hablar en susurros. El chico asintió, bostezando—. Ven, pasa. —Erik se echó sobre el sofá y se estiró, ronroneando—. ¿Has cenado?

—No —Gustav fue hasta la cocina. El arroz con pollo estaba tibio y la gelatina de sobre ya se había solidificado—. ¡Gracias! —chilló Erik, al ver el plato de comida que le aguardaba sobre la mesa. Gustav se sentó frente a él y lo miró comer. Metía el pan en la salsa y se lo llevaba a la boca con glotonería, cortaba el pollo en trozos enormes y bebía el jugo sin siquiera haber tragado el bocado. Cuando acabó la gelatina, chupó la cuchara como a un palito de helado.

—¿Quieres más? —susurró Gustav, con una pequeña sonrisa. Recordó lo que su madre le decía: que sólo los tacaños hacían esa pregunta. Se levantó de la mesa y volvió con otra porción de gelatina—. ¿Cómo va la escuela? —Erik miró para otro lado y se encogió de hombros.

—Ahí está –dijo. Gustav alzó una ceja.

—¿Cómo que «ahí está»? ¿En qué te va mal? –Ya sabía la respuesta.

—Matemáticas. Y geometría. –Gustav sonrió. Sabía que era mentira pero no quería ponerlo en evidencia. Era un niño, caramba. Si lo hacía, lo más probable era que se le pusiera la cara de mil colores y saliera disparado de allí como un petardo. Y él no quería eso. ¿O sí quería?

—¿Por qué me mientes? –preguntó, quitándole el plato vacío. La cuchara tintineó contra el cristal y Erik parpadeó.

—¿Eh?

—No tienes ningún problema con las matemáticas. Cuando te explico, lo entiendes rápido, como si siempre lo hubieras sabido. –Apoyó los codos sobre la mesa y descansó la barbilla entre las manos. Esperaba la reacción. Esperaba que balbuceara incoherencias, que se excusara con tonterías, que huyera. Porque si huía… Gustav por fin podría estar tranquilo.

Pero Erik no balbuceó, no se excusó y tampoco huyó. Se quedó allí, mirándolo atentamente con sus saltones ojos verdes relajados, tranquilos. Sonrió, frunciendo los labios apenas.

—¿Quieres que te lo diga o prefieres imaginártelo?

Gustav quiso que se lo tragara la tierra. Quería quedarse sepultado bajo ese suelo de mosaicos para siempre. Recordó aquella pregunta estúpida que le habían hecho dos años atrás, en la entrevista de la secundaria bilingüe: «¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta»? Por supuesto, había mentido. Si en ese momento se lo tragaba la tierra… echaría de menos sólo dos cosas: el reproductor de DVD y el único video porno que había conservado con el correr de los años. Y el televisor, claro…

Se puso de pie de un salto y casi tiró la silla. Erik siguió contemplándolo con su sonrisa ladina, su sonrisa altiva.

—Es la una y media –farfulló Gustav, atropellando las sílabas con la lengua. Erik, ya bastante acostumbrado a las indirectas, se bebió el resto del jugo que quedaba en el vaso, se levantó, entró la silla y bordeó la mesa.

—Muchas gracias –dijo. Gustav permaneció de pie, con la vista baja, las palabras del rechazo en la boca y el nudo de la garganta palpitando como un corazón. Turbado, vio que el chico se le acercaba—. Gus, gracias… —repitió. Cuando comenzó a levantar la mirada, ya tenía los ojos de Erik lo suficientemente cerca como para poder ver las motitas verde jade que bailoteaban en sus pupilas. Lo besó en la mejilla.

—De nada –El chico le rozó el brazo, abrió la puerta y salió de la casa.

Afuera hacía un frío de los mil demonios. Erik soltó una maldición. Revolviendo la mochila en busca de las llaves, corrió hacia su puerta, del otro lado del jardín.

—Ábrete, por lo que más quieres, ábrete –susurró, metiendo la llave en la cerradura. Primera vuelta. Segunda… empuje. ¡Nada! —¡La puta que te parió!

Desde su habitación, Gustav oyó el grito. Corriendo las cortinas, se asomó por la ventana. Erik estaba ahí, luchando contra la puerta. Tocaba el timbre. Al parecer, la puerta llevaba la delantera.

«Que le abra, por favor, que le abra», rogó mordiéndose los labios. La ventana comenzó a empañarse con su respiración. Erik seguía allí, aporreando la puerta, muerto de frío. Las luces de la casa estaban apagadas y su madre seguramente estaba allí, roncando la borrachera o lo que fuera que se metiese en el organismo para intentar olvidar que tenía a cargo un hijo y que se había pasado los mejores años de su vida limpiando retretes y gastando los tacones altos en las esquinas del barrio rojo.

—¡Ábreme la puerta, carajo! –bramó Erik, dándole una patada. Gustav se sobresaltó. Esa voz había sonado tan prepotente, tan masculina. No había sido el susurro etéreo que utilizaba para hablar con él, para preguntarle qué eran todos esos símbolos que estaban en el libro de física. Letras griegas, Erik, eran letras griegas. *Alfa*, *beta*, *gamma*, *delta*, *épsilon*, *dseta*… Esa que estaba ahí era *pi*. Sí, sí... Erik la conocía. Tres coma catorce y etcéteras. Sí, sí, muy bien, Erik—. ¡QUE ME ABRAS LA PUERTA, PUTA DE MIERDA! –Y el grito se quebró, como una copa de cristal al caer de un décimo piso. ¿Cuál es la velocidad de una copa de cristal que cae de un décimo piso…? Oh, Gustav no tenía idea. Ahora que veía a Erik llorar allí sentado en la banca de piedra, lo único que sabía era que había ser muy hijo de puta para olvidar que se

tiene un hijo y que no podía dejar que el chico pasara el resto de la noche a merced de los cinco grados bajo cero. Se puso el abrigo y salió de la casa.

Erik vio que la luz de la sala de Gustav se encendía. Sollozando, escondió la nariz congelada bajo el cuello de la camiseta y se limpió las lágrimas con la mano. Inhalando fuerte, se tragó la sustancia salobre que le molestaba en la garganta y apretó la mochila contra su pecho. Al día siguiente tenía examen de biología y ni siquiera había tocado el libro. La célula es…

—Erik –dijo Gustav, acercándose. Se pasó la mano por los ojos y levantó la cabeza. La humedad de la noche le había erizado los rizos—. ¿No puedes entrar?

—¿Si pudiera crees que estaría aquí? –replicó, apretando más la mochila. La célula es… —Lo siento –susurró, con un sollozo—. Debe de estar ebria o algo. No oye el timbre.

—Ven, vamos. –Gustav le quitó la mochila del regazo y se la colgó del hombro.

Entraron en la casa de nuevo. Pequeña y acogedora, los recibió con las luces encendidas y el *tic tac* del reloj de pared señalando las dos de la madrugada. En cuatro horas y media tenían que levantarse para dirigirse a su correspondiente instituto. Erik, a la secundaria pública y Gustav, a la privada. Erik a estudiar y Gustav a dar clases a un tropel de muchachos con las hormonas a flor de piel. Y a él le gustaban tanto esos muchachos con las hormonas a flor de piel… Le fascinaba lo deliciosa que se había vuelto la juventud, donde los chicos eran tan delgados y esbeltos como las chicas y podían lucir pendientes, *jeans* ajustados y alisarse el cabello con planchas hasta transformarlo en lluvias de seda.

Erik se sentó en el sofá y escondió la cabeza entre las rodillas. Sus hombros se agitaban cuando sollozaba.

—Te traeré un cobertor –susurró. Con un intento de sonrisa, Erik le agradeció la frazada peludita y la almohada, se tumbó sobre el sofá y se cubrió hasta la cabeza.

—Lo siento. Esta casa es fría –se lamentó Gustav.

—¿Crees que la mía es mejor? –le oyó decir. Él le acarició el pelo, sorprendiéndose de lo suaves que eran esos pequeños y apretaditos tirabuzones castaños. Sintió deseos de estirarlos y contar los segundos que tardaban en volver a enrularse. O de medirlos con una regla.

—Buenas noches, Erik.

—Buenas noches, Gus.

«¡Qué madre, qué madre!», pensó Gustav mientras se desvestía. Ahora que ya era adulto se sentía afortunado. La suya era un poco estricta, un poco histérica y un poco fanática de la limpieza, pero jamás se había emborrachado, jamás lo había golpeado (cosa extraña, pero cierta) y jamás le había puesto el pasador a la puerta estando él afuera. Frunciendo las cejas, se preguntó qué sentiría Erik al verse en esa situación tan extrema que era su vida, donde la cuerda podría romperse en cualquier momento a causa de la tensión. Cuando se recostó, se imaginó que esa cuerda ya había sido trenzada con fibras podridas. Una noche, estando ebria, su madre le gritó a Erik que él había sido consecuencia de una violación. ¡Ella estaba cansada de follar con su novio en el auto, joder! Así se lo dijo, y el muy hijo de puta… ¡El muy hijo de puta…! Para acabar de sumergirla en ese pantano de mierda y como en el colmo de los colmos de los colmos, el mocoso se adelantó y nació en San Valentín…

En el sofá, los pensamientos de Erik navegaban por los mismos arroyos contaminados. ¿Qué sería de él? Ya estaba harto. Harto de esa vida miserable, de quedarse dormido en clase, de que sus compañeros se burlaran de las manchas de su ropa, de sus dientes torcidos, de sus pulseras de canutillos…

«—Me dijeron que tu madre baila desnuda en un bar del centro, ¿es cierto, Meyer?»

Erik no tenía idea. No le habría extrañado, para nada. Con el paso de los años había aprendido a no hacerle preguntas, a no mirarla a los ojos y a encerrarse por sí mismo en su habitación. Ahora ni siquiera tenía que hacerlo ella y cuando oía la moto del tipo nuevo sopesaba las opciones y trataba de recordar qué estaría haciendo Gustav en ese momento. Si era lunes, miércoles o viernes estaba en la Facultad de Ingeniería enseñando análisis matemático. No volvería hasta las ocho de la noche. Si era martes, jueves o domingo estaría en casa. Si era sábado… tal vez habría ido al gimnasio o a hacer las cosas que los gays adultos hacían los sábados. Si era lunes, miércoles o viernes (y si tenía un par de billetes en el bolsillo) Erik se tomaba un autobús de color rojo y permanecía allí adentro hasta que se detenía en la terminal. Bajaba, caminaba un rato por las galerías y si había suerte, compraba alguna prenda barata para lucir frente a Gus. Dios, qué estúpido era. ¡Qué estúpido! ¿Acaso pensaba que por eso Gus iba fijarse en él? Y con un carajo, ¡qué frío hacía allí! Suspirando, Erik se hizo un ovillo en el sofá e intentó pegar los ojos.

La célula es…

Gustav no podía dormir. Ya se había desvelado. Al otro día tenía que dar clases y lidiar los niñitos de mamá, el club de fans femenino y los delincuentes juveniles. A él le encantaban los niñitos de mamá, pero ya había tenido una experiencia con uno (no tan niñito en realidad) y se había desencantado un poco de aquella raza. Sentía la necesidad de estar con alguien

independiente que no se la pasara poniendo pegas al asunto y estaba más que claro que los niñitos de mamá no entraban en esa categoría. Antes, cuando tenía entre veintitrés y veintiocho años, había pensado que la cosa acabaría, que tan sólo era una etapa, que algún día se cansaría de los videos porno de legalidad dudosa. Pero cuando cumplió los treinta y se vio visitando la misma página de internet de siempre (una que tenía en su eslogan la palabra «CUTE»), se preguntó si su preferencia no sería patológica. Qué va, si él no le hacía mal a nadie. Una cosa era babear el teclado y otra muy distinta, aparecer en los periódicos.

«CAE DEGENERADO: SE ACOSTABA CON SU VECINO MENOR DE EDAD.»

Gustav bordeaba el límite del mundo de los sueños, pero no lograba entrar en él. Como el gráfico de una función exponencial, nunca tocaba la asíntota. Se acercaba… se acercaba… los exponentes eran cada vez menores… -9, -10, -11…

Toc, toc.

Cero. Gustav fue atraído desde la inconsciencia hasta ese sitio oscuro y pedregoso donde la homosexualidad salía en los periódicos. La puerta chirrió apenas y la silueta de la melena enrulada de Erik se asomó hacia adentro.

—Mngh, ¿qué…?

—Ay Gus tengo frío –soltó Erik de sopetón, entrando en el dormitorio—. ¿Me dejas dormir contigo? –Al oírlo, Gustav acabó de despertarse. Prendió la lámpara y miró a su huésped con los ojos abiertos como platos.

—No –respondió, perplejo. Erik frunció los labios y agachó la vista.

—Aquí está calentito –susurró, mirando la estufa—. En la sala hace frío.

—¿Preferirías dormir en el jardín? –Erik abrió la boca para decir algo, pero al instante la cerró. Se le cayó la almohada de los brazos. Agachándose quizás más de lo necesario, la recogió, y Gustav vio que no se había equivocado: los *jeans* eran elastizados. Se mordió el labio, tragó saliva, cerró los ojos—. Duerme aquí. Yo me iré a la sala. –Apartó las mantas.

—Oye, no… —dijo Erik, nervioso. No quería lanzarse, pero Gustav no le estaba dando más opciones—. Hace mucho frío allí, ¿sabes?

—Conozco mi casa. –Le quitó la almohada y la frazada, y se dirigió hacia la puerta.

—Gus. —Erik se pegó a su espalda. Lo abrazó por detrás. Él vio brillar las pelusitas rubias de sus brazos ante la luz de la lámpara. Qué delgados eran esos brazos… Se desenredó de ellos

con delicadeza. Le dijo a Erik que se metiera en la cama de una vez, que debía descansar. Y él también.

Cuando se acostó en el sofá e intentó dormirse por fin, se dio cuenta de que el nudo de la garganta había crecido hasta alcanzar el doble de su tamaño. ¿Era su culpa, acaso? Porque ya todo se había vuelto tan evidente que hablaba por sí mismo. ¿Qué debía hacer? Angustiado, recordó la primera vez que había visto a Erik: tan pequeño, tan frágil, tan inocente… ahora seguía teniendo los mismos ojos profundísimos, las mismas pecas en la nariz, los mismos dientes torcidos. ¿A dónde había ido a parar la inocencia de sus ojos? A las sábanas de su madre, seguramente. Se había evaporado junto al whisky y los cigarrillos…

-0,998

Erik tenía un mal día. Primero, estaba seguro de que había reprobado el examen de ciencias. Luego, en la clase de psicología, la profesora había dado todo un rollo acerca de la homosexualidad. Sus compañeros se habían pasado toda la mañana molestándolo, imitando jadeos y gemidos para sacarlo de quicio. Como siempre, él había hecho oídos sordos. Llevaba un año y medio utilizando la misma estrategia.

En el cyber se había caído la conexión. La manada de chicos que se aglutinaban para jugar juegos *online* había empezado a gritar y a insultarlo.

—Siempre joden –lo tranquilizó Nelson, mientras le alisaba el pelo con la plancha de su hermana. Eran las siete de la tarde y ya habían terminado sus respectivos turnos. Erik no quería volver a casa y Nelson lo había invitado a conocer la suya. Si le gustaba su cuarto, le dijo, podía quedarse a dormir. El dormitorio era tan chico como una caja de zapatos. A Erik le daba la sensación de estar dentro de un ataúd. La pequeña cama ocupaba tres cuartos del espacio y las paredes estaban empapeladas con pósters. Marilyn Manson, Disturbed, Papa Roach. En una estantería formaban fila docenas de botellas vacías y en otra, una pila de libros corría peligro de derrumbe.

—¿Quién es ese viejo? –le preguntó Erik a Nelson, señalando la foto de un hombre calvo con barba de chivo y mirada penetrante.

—Anton Szandor LaVey –respondió Nelson, en actitud respetuosa—. El fundador de la Iglesia de Satán. –Erik levantó una ceja. ¿Iglesia de Satán? Con una risa entre los dientes, se

tumbó en la cama boca abajo mientras Nelson se lanzaba el discursito… Que el tipo ese había nacido en Estados Unidos…

…Había tenido una relación con Marilyn Monroe…

…Había sido venerado por muchos músicos y… y…. y…

Giuchie, giuchie, ya ya, dada… Giuchie, giuchie, ya ya, here… Mocha chocalata, ya ya…

La célula es…

—…Y le gustaba bailar *reggaeton* las noches de luna llena. En pelotas. –Silencio—. Erik, no me estás escuchando.

—Ayer dormí en la casa de Gus —susurró, somnoliento.

—¿Qué? –replicó Nelson, sentándose en la cama, con una sonrisa que mostraba dos hileras de dientes perfectos y amarillos. El colchón se hundió y las tablas gimieron. Erik flotaba en la luna.

—Ayer dormí en la casa de Gus –explicó—, porque mi mamá le puso el pasador a la puerta… —Nelson hizo un gesto para que fuera al grano.

—¿Te lanzaste? –preguntó, con los ojos negrísimos abiertos de par en par.

—Sí. –Y negó con la cabeza, señal de que había sido tristemente rechazado. Nelson chasqueó la lengua y le apoyó la mano en el hombro. Los ojos de gato de Erik se estaban poniendo húmedos y a Nelson le gustaban mucho los gatos.

—Ese hombre… es grande, ¿no? ¿Qué edad tiene?

—Treinta y uno –respondió él, avergonzado. Hundió la cabeza en la almohada y Nelson soltó un silbido largo y sutil.

—Estás jodido, bebé –dijo, acariciándole el pelo planchado que se había desparramado sobre la cama como agua—. Búscate uno más joven, anda.

—¿No dicen que para el amor no hay edad? –chilló Erik, apretando los puños. Él se calló la boca. No creía mucho en esas cosas, como tampoco creía en nada de lo que lo rodeaba. No creía en Dios, en el diablo ni en cuentos de viejas de que una jovencita podía enamorarse de una momia egipcia. Bueno, si la momia tenía una cuenta en Suiza, entonces sí. Los declaro momia y mujer. Ay, todavía le duraban los efectos del porrito que se habían fumado...

—Ay, bebé…

—¿Sabes cuál fue mi primer sueño húmedo? –dijo Erik, ladeando la cabeza—. Fue con él. A los doce. Yo estaba en un jardín, acostado en el pasto. Había unos árboles con unos globos rojos enormes. Creo que eran manzanas. Las manzanas empezaban a cantar y entonces me daba cuenta de que estaba debajo de alguien –suspiró—. Era él. Me levantaba la camiseta y me basaba. Su pelo me hacía cosquillas… Las manzanas cantaban cada vez más fuerte; y comenzamos. Bueno, él comenzó. Las manzanas explotaron todas al mismo tiempo… y me desperté.

—Wow –exclamó Nelson, con una risita suave. Erik suspiró de nuevo y volvió a pegar la cara a la almohada como si quisiera ahogarse allí mismo. Sintió que la cama se movía y que Nelson se acomodaba a su lado. Se le erizaron los pelitos del cuello. Al fin y al cabo, era hombre y le había dejado claro que también le iban los chicos.

—Me gustaría acostarme con él de verdad –le dijo a la almohada—. Pero se lo pasaría mal. –A pesar de lo ahogada que le salía la voz, Nelson le entendió.

—¿Por qué?

—Porque no estoy acostumbrado. Soy virgen. Se aburriría. –Nelson tuvo que aceptar que tenía un poco razón. Y más si era un hombre de esa edad, con toda la experiencia encima.

—Practica. –Erik dio un respingo. Lentamente, ladeó la cabeza otra vez.

—Lo hago –replicó. De pronto comprendió—. Solo. –Nelson se carcajeó, le revolvió el pelo y se subió sobre él. Erik se tensó al instante, aguantando la respiración.

—No es lo mismo –objetó Nelson, masajeándole los hombros. Se había sentado sobre su trasero con las piernas a los costados; ejercía una leve presión allí cada vez que se inclinaba—. ¿Quieres que probemos si tu práctica ha dado resultado? —Erik se soltó y se dio la vuelta sobre la cama.

—¿Te estás burlando de mí? –preguntó, entornando los ojos de gato y juntando las cejas perfectamente depiladas.

—Claro que no. –Erik miró la ventanita rectangular que estaba en lo alto de la pared lateral. El celeste del cielo se había vuelto negro. Ya era de noche.

—¿Tienes condones? –Nelson asintió. Alargó un brazo hasta el último estante de la pared y le mostró a Erik un cuadradito de color verde. Erik tembló. De repente se sentía muy acalorado y nervioso.

—¿No me preguntarás si también tengo lubricante?

Nelson agarró una de las botellas del estante, la colocó en la puerta y cerró con llave. Erik se dio cuenta de que la botella debía de ser una especie de código para que nadie lo molestara. Ingenioso. Mientras le quitaba la camiseta, Nelson le dijo que estuviese tranquilo, que no se preocupara por nada, que tendría cuidado y que podrían detenerse cuando él quisiera. Erik no le creyó mucho eso último, pero de todas formas no planeaba echarse atrás.

0

La madre de Erik se casó a principios de agosto, pero él no lo supo hasta mitad de mes. De todas formas, no le importaba.

Pronto tuvo que comenzar a importarle. Al hombre no le gustaban para nada las camisetas de tirantes que usaba y una tarde Erik halló todos sus pantalones ajustados hechos jirones.

—¡No puede ser…! –Gritaba el gorila, sacudiendo los brazos—. ¡Que se vista como un puto y ande así por la calle!

Erik le escupió en la cara que era eso mismo, lo que acababa de decir: un puto. El gorila lo agarró de los pelos, lo abofeteó y lo encerró en la habitación. No. No podía ser. ¡Otra vez! ¡Otra vez volvían a encerrarlo como a un perro indeseable! Llorando y con las hilachas de su ropa entre los dedos, Erik sacó de la mochila las barritas de cereal que llevaba a todos lados para no morirse de hambre cuando tenía que huir de la casa. Su mano se encontró con el reproductor de *mp4*. Tenía que llevarlo siempre consigo. Si se descuidaba y veían toda la pornografía que había allí adentro…

Pero el gorila le revisó la mochila mientras dormía y halló el reproductor de *mp4*, los preservativos texturados y el sobre con el sueldo del mes. Se guardó en el bolsillo los preservativos, el dinero y estaba a punto de guardarse el *mp4* cuando lo encendió por mera curiosidad…

Erik se despertó cuando dos manos como garras lo arrancaron de la cama, lo arrastraron hasta el baño y lo metieron bajo la lluvia de agua fría. El chico gritó, insultó, intentó lanzar golpes. El hombre sólo se cansó de apalearlo cuando vio la sangre que se mezclaba con el agua. Asustado, lo soltó de un tirón que hizo que se golpeara la cabeza contra los azulejos y se resbalara hasta caer al suelo.

Gustav estaba corrigiendo exámenes cuando oyó los gritos. Eran unos alaridos que sonaban como los de las películas de terror, cuando el asesino perseguía a las víctimas con un hacha o una hoz. Luego cesaron. Caía la medianoche y las luces de la casa de Erik estaban apagadas. Algo raro estaba pasando. Preocupado, tomo su abrigó, las llaves y salió.

Erik se hizo un ovillo en el suelo del baño. Veía sangre pero no sabía de dónde podía ser. Estaba mareado y sentía náuseas. Haciendo de tripas corazón, se levantó, se aferró con todas sus fuerzas de la taza del retrete y vomitó las barritas de cereal que había comido horas antes. Vomitó sangre. Era de su boca. El gorila le había golpeado justo allí con el pedazo de baratija que era su puto anillo de bodas. Erik se envolvió el cuerpo con una toalla y salió del baño a toda prisa. Se metió en su habitación, guardó en la mochila la poca ropa que le quedaba, los libros de la escuela y los billetes que guardaba entre las novelas que le había regalado Lucas a su madre hacía tantísimos años. ¿Qué sería de Lucas?

Se puso unos pantalones viejos, una sudadera sucia y el único abrigo decente que tenía; se calzó las zapatillas, se colgó la mochila al hombro y se dispuso a salir corriendo. Nelson lo recibiría, sí, estaba seguro. A Nelson le gustaba acostarse con él porque era dócil y se dejaba hacer cualquier cosa a cambio de que apagara la luz cuando lo penetrara para poder imaginarse que lo estaba haciendo con Gus…

Cerró la puerta con un golpe y cuando se volteó, su pecho dio de lleno contra el de Gustav.

—¡Erik! –susurró el hombre, espantado—. ¿Tú gritabas? –El chico levantó la mirada y le mostró su labio herido y sus ojos llorosos—. ¿Qué sucedió? –Pero no contestó y sólo pudo dejar caer la mochila y abrazarse al cuerpo de ese hombre que anhelaba desde que su inocencia se había derramado sobre su ropa interior—. Erik… ven, vamos… no llores. –Gustav recogió la mochila del suelo y le pasó el brazo alrededor de la cintura para ayudarlo a caminar. ¿Por qué le gustaba tanto verlo llorar? Era enfermizo. No, no le gustaba verlo llorar: le gustaba consolarlo. Tal como lo había hecho hacía ocho años, la noche del Gran Incidente. ¿A dónde había ido a parar su cordura? ¿A los libros de álgebra? ¿Al único DVD porno que conservaba? ¿Acaso se había quedado en el consultorio de ese psicólogo al que había visitado, al que ni siquiera le habló de su sexualidad y del afán de desnudar al angelito de trece años que jugaba en el jardín con el gato?–. Dios, estás empapado…

—Me metió en la ducha –sollozó el angelito, tiritando de frío—. No me sueltes, Gus… —suplicó. Pero Gustav no pudo obedecer porque debía abrir la puerta de su casa. Apenas lo hubo hecho, Erik se desvaneció en sus brazos.

Comenzó a desesperarse. Lo alzó con cuidado y lo llevó hasta la habitación. Luego volvió, cerró la puerta y tomó la mochila. Estaba algo más pesada que lo usual. Bastante más pesada. Cuando la abrió no le quedó ninguna duda de que Erik había planeado fugarse. ¿Y ahora qué haría? ¿Llamar a la policía? ¿Llevarlo a un hospital? Lo miró. Su pelo había dejado un rastro de gotas de agua a lo largo de la salita. Tenía que secárselo. Sacó una toalla del armario y fue frotándole la cabeza.

—Erik, ¡Erik, despierta! –Tenía una contusión en la frente. No podía dejarlo dormir. Erik fue abriendo los ojos lentamente. Cuando vio a Gustav, sonrió. El nudo de la garganta comenzaba a temblarle. ¿Cómo podía ser que sonriera? ¿Cómo podía ser que…?—. ¿Te sientes bien?

—Sí…

—No, no te sientes bien… –Se sentó en el borde de la cama y preguntó—: ¿Qué sucedió?

Pues lo que venía sucediendo desde que los cien kilos de gorila habían aterrizado sobre su casa; que le molestaba que Erik se vistiera como una loca, que se alisara el cabello con la plancha, que arrastrara la letra «S» al hablar, que se hubiera hecho un *piercing* en el ombligo…

—¿*Piercing*? –replicó Gustav, aturdido. Erik se levantó la camiseta y le mostró la bolita verde jade que le brillaba en la panza. El hombre se lo quedó mirando, algo ido—. ¿Dónde te lo hicieron? ¡Todavía eres menor! –Erik alzó las cejas. ¿De qué estaba hecho ese hombre? ¿De axiomas, reglas y teoremas, como las matemáticas?—. ¿Te golpeó mucho?

—Me tiró del cabello. Me duelen las raíces. Y el cuello. –Gustav alargó una mano hacia su rostro y le tocó el labio herido con el dedo. Erik abrió la boca y lo atrapó entre sus dientes. Fue recorriendo el dedo con la lengua tal como había hecho con los de Nelson aquella noche. Gustav se sobresaltó. Apartó la mano de un tirón, haciéndose daño con el roce del filo de los incisivos. «Semejantes dientes», pensó… ¿qué sería de él si ese chico le practicaba sexo oral algún día? Se la arrancaría de un mordisco. Dio un respingo, ¿qué estaba pensando?—. ¿Tienes mi mochila, Gus?

—Sí.

—¿Me la traes?

—Claro.

Gustav se la llevó y Erik comenzó a revisar los bolsillos pequeños. El hombre llevó la pila de exámenes y con un libro sobre el regazo que le servía de apoyo siguió corrigiendo los ejercicios de límite y derivadas…

—¡Hijo de puta! –chilló Erik. Gustav se sintió aludido. Estaba acabando de dibujar un pintoresco «2». Levantó la vista del examen reprobado—. ¡Me robó! ¡Me robó todo! –Agarró la mochila y la lanzó con rabia hasta el otro extremo de la habitación.

—¿Qué? ¿Qué te robo?

—¡El sueldo! ¡El *mp4*! ¡Los *Trojans*…! –se mordió la lengua. Se le había escapado, caramba. ¡Los preservativos! ¡Había sido tan sinvergüenza como para robarle los preservativos!

«¿*Trojans*?», pensó Gustav… ¿Acaso Erik, tan inocente y jovencito, se había iniciado ya en el sexo anónimo? El chico se sentó y escondió la cabeza entre las rodillas, sollozando.

—¿Qué voy a hacer? ¡Lo único que hay en ese refrigerador es cerveza! ¡Agarró mi ropa y la cortó en pedacitos! Y más encima me quitó el dinero… —«Y los *Trojans*». Gustav dejó la pila de exámenes sobre la mesa de luz—. No puedo seguir viviendo allí, tampoco puedo pasarme todo el día en la calle…

—Tranquilo –susurró. Y a continuación le dijo eso que venía masticando desde que el angelito (quizás no tan angelito) le había mostrado las quemaduras de cigarrillo—: quédate aquí. Puedes pasar por tu casa para que te vean de vez en cuando…

—¿Para que me vean? ¡Eso es lo que quieren, Gus! ¡No verme más! ¡Que me muera! ¡Ella siempre lo quiso! –Su rostro se descompuso y el llanto que tenía atravesado hacía años estalló sobre la almohada como en una erupción. Gustav temblaba. No sabía qué decir. Turbado, se sentó en el borde de la cama y hundió la mano en la almohadilla de rizos mojados—. Me quiso abortar a los seis meses, Gus…

La célula es…

Gustav sintió que la antigua angustia que le lastimaba el pecho desde el Gran Incidente se derramaba sobre su corazón, tapándole las arterias. El nudo de la garganta le ardía. Con los ojos empañados, vio el moretón de una herida que se perdía bajo el elástico del slip. Los dedos le temblaban mientras los paseaba por esa espalda que durante esos ocho años había crecido hasta doblar su tamaño… la curva se dibujaba sensualmente sobre la camiseta como el gráfico de una función logarítmica. Gustav se inclinó y le besó el pelo, los rizos mojados, siempre moldeados con cremas perfumadas. Erik se estremeció y se volteó sobre la cama. Sin detenerse a pensarlo, se colgó del cuello de Gustav y lo besó en la boca.

—Te quiero –le dijo, en medio del beso. Beso brusco, doloroso, caliente. Erik se aferró de su pelo y lo atrajo más hacia su cuerpo, encendido como jamás lo había estado junto a Nelson. Gustav mandó al infierno todos sus axiomas, reglas y teoremas y metió las manos bajo la camiseta semi húmeda, encontrándose con esa piel suave y tibia que no podía pertenecerle más que al angelito que había espiado durante toda su adolescencia. Erik tenía los labios pegados a su oído y cuando él le acarició las costillas como si se tratara de un xilofón, emitió uno de esos gemidos disfrazados de maullidos que al hombre, para su vergüenza, le excitaban hasta el paroxismo.

—Yo también –jadeó. Estaba perdido. Aparecería en los periódicos, como todos esos depravados enfermos como él. Erik le tironeaba de los botones de la camisa, ¿lo estaba desnudando? Oh, no le importaba. Aparecería en los periódicos, en las revistas, en los noticieros… No le importaba, porque sentía que el nudo que tenía en la garganta se estaba aflojando, que la angustia del pecho se esfumaba como una barrita de incienso, que por fin, después de tanto tiempo, tenía lo que deseaba.

—Al fin –susurró Erik, acurrucándose junto a él—. Al fin me dices que me quieres. –Gustav ensortijó un bucle con un dedo.

—No podía hacerlo antes –le dijo, estirándolo—. Siempre te quise, pero… esto no es normal, Erik. –Soltó el bucle, que volvió a rizarse solo como por arte de magia. Le acarició el rostro, el labio hinchado, los párpados cerrados, las pestañas arqueadísimas—. ¿Con quién fue? —Erik abrió los ojos apenas. Luego, volvió a cerrarlos—. ¿Qué edad tiene?

—Veintidós. Mi compañero de trabajo. Nelson. –Escondió la cabeza en su pecho, y la nariz de Gustav se sumergió entre las algas rizadas.

—¿Te gusta? –le preguntó, suavemente. Erik se lo pensó un momento. Había instantes en que veía a Nelson y sí, le gustaba. Había otros en que lo miraba, y no. Lo más probable era que no sintiera nada por él. Agradecimiento sí, por supuesto; había sido su primer hombre y lo había tratado con cuidado, pero lo único que podía vislumbrar cuando se acercaba el orgasmo era el rostro de Gus.

—No –respondió—. Pero de todas formas… ya sabes…

—Es normal –dijo Gustav.

—Pensé que no me excitaría, que no me gustaría –susurró, dudando. Y al principio había sido así; la sensación extraña de sentirse lleno y de que Nelson se le enterraba hasta el estómago al principio le había causado un miedo terrible…

Que se quedara quieto. Por favor por favor. Que no se moviera. Se le daría vuelta todo lo de adentro y tendrían que operarlo. Gus, Gus, ay, Gus, ayayay. ¿Dónde estás? Si me vieras, ay… aquí, cogiendo con un cualquiera que ni siquiera me gusta… Gus, Gus, ay, Gus… sí, Gus… más, Gus… qué rico, Gus…

—¿Y por qué lo hiciste, entonces? –Erik enredó las piernas entre las suyas y le dijo:

—Para aprender. Para hacerlo contigo y que no te aburras.

0,002

En la universidad, Gustav no se podía concentrar. Intentaba explicar series geométricas y telescópicas y se trababa a mitad de cada frase con la exactitud de un reloj. Los alumnos, en su mayoría varones, se miraban entre ellos, fastidiados. ¿Qué le pasaba a ese idiota? ¿Además de rarito era tartamudo?

—Si usan el criterio de Erik –dijo—, tienen que demostrar las hipótesis. –Los alumnos lo contemplaron confundidos, como si les hubiera propinado una bofetada masiva—. Perdón, el criterio de Leibniz. –Y se oyó suspiro colectivo. Los chicos se sumergieron en sus cuadernos y Gustav respiró aliviado. La chica que se sentaba en la primera fila se inclinó y preguntó:

—¿En qué página del libro está el criterio de Erik, profesor?

Sonó el timbre: música de violines. Los alumnos salieron en estampida hacia su siguiente clase y Gustav se tomó más tiempo del necesario para guardar lo único que tenía sobre la mesa: el móvil. Eran las seis de la tarde. Mentalmente fatigado, se sentó a su escritorio.

¿Qué había hecho, por Dios? Se había dejado arrastrar, arrasar. ¿Y cómo no dejarse? Aquella criatura divina había roto todos sus esquemas y superado todas sus expectativas. Pero, ¿cómo podría mantener una relación seria con un niño? Un niño que se había acostado con un gótico bisexual para que «lo entrenara», para que «le enseñara». ¿Qué clase de ser humano hacía eso? Bueno, estaba claro: Erik. ¿Qué le había hecho pensar tal estupidez? Con tanto fetichista de la virginidad… La respuesta era evidente, siempre había estado allí: Erik lo amaba. ¿Y lo amaba con tanta desesperación como para pasarse una vergüenza de los mil demonios entre las piernas de otro tipo? Sí. Gustav no acababa de comprender la lógica de Erik. Su lógica debía de ser muy primitiva. Muy ingenua. Y Gustav no la comprendía porque ya había perdido hacía mucho tiempo la pureza de la adolescencia. Y seguramente Erik ya había dejado de ser inocente, pero

todavía le quedaba algo de pureza en los ojos. Gustav se había enamorado de esa pureza, de la belleza que yacía debajo de su ropa, bajo sus pestañas y entre sus dientes torcidos…

Por favor, que esa pureza no lo abandonara. Que ese hombre malnacido y esa mujer desquiciada dejaran de atormentarle la existencia. Levantó la cabeza y miró el muro que tenía frente a él, tal vez en busca del Cristo crucificado que dormía en los salones de la secundaria privada, para rogarle que lo perdonara porque no podía arrepentirse de amar a Erik…

Gustav disfrutaba más las clases de la universidad pública. Mil veces. No tenía que hacer pausas en medio de las explicaciones (si los chicos llegaban hasta su aula, por algo debía de ser), no era interrumpido y, lo que era más importante: podía ir vestido como se le antojara. En la secundaria privada debía contestar las preguntas tediosas del club de fans que lo trataba de «usted» (¿está casado? ¿Tiene hijos? ¿De qué signo es? No, no, capricornio); vestir formal, llevar un maletín y soportar el escudriño sospechoso de la monja, que miraba con malos ojos que un hombre de su edad todavía no llevara un anillo.

«Soy gay, hermana. Estoy comenzando una relación muy muy amorosa con un chico de dieciséis años. Deme su bendición...»

Gustav se rió solo y la mujer que estaba sentada junto a él en el tren se volteó. Era una anciana que a él le hizo acordar a su abuela. Se bajó del tren en medio del tumulto y mientras se acercaba a casa avistó una silueta completamente vestida de un sospechoso color negro. El Duende. Gustav había entrado al cyber de Nelson sólo dos veces, pero jamás se olvidaría de aquellas orejas. Estaba bien feo el pobre Duende. Y bien sucio, carajo, ¿que no tenía agua en su casa para lavarse ese pelo asqueroso? Bueno, Erik no había salido en la tapa de ninguna revista, pero tenía esos ojazos y esos dientes enormes que le hacían parecer un conejo...

—¿Buscas a alguien? –Hombre, Gustav nunca había visto tanta mugre junta en una sola persona. Él podía no tener mucho dinero, pero eso de andar apestando por la vida…

—A Erik. –Nelson alzó las cejas y lo miró de arriba a abajo—. ¿Tú eres Gustav?

—Ajá.

—Ah. Yo soy Nelson. –El Duende alargó la mano. Anda, ¡le iba a pegar alguna peste gótica bisexual! Gustav intentó sonreír y aceptó la mano—. Erik faltó al trabajo hoy. –Gustav abrió la puerta.

—No se sentía bien. –Entró.

—¿Está en tu casa, no? ¿Puedo pasar a verlo? –Nelson se interpuso entre la puerta y el marco.

—No creo que sea el momento adecuado. –Gustav hizo fuerza, la puerta ejerció presión contra la zapatilla de Nelson. ¡Qué zapatilla tan sucia, Jesús! Nelson suspiró.

—Oye, oye –susurró—, tranquilízate, ¿sí? Erik te lo contó todo, me parece.

—Más de lo que me habría gustado saber. –¿Cómo era posible que a ese mocoso no se le cayera la cara de vergüenza después de todo lo que le había hecho a Erik? Mocoso malparido y bisexual... —Si no te importa, tengo trabaj… —Gustav se detuvo. Había oído un grito. Luego no fue uno… fueron uno, dos, tres gritos. Gritos y golpes y llanto; una maceta estalló contra el suelo del patio, llenando las baldosas de tierra.

—¡ERIK!

—¡SUÉLTAME! ¡HIJO DE PUTA LADRÓN!

El esposo de la madre de Erik sostenía al chico del cabello, mientras él pataleaba y mantenía en lo alto algo muy parecido a una billetera. El hombre estaba en calzoncillos y descalzo, pero la escena dejaba bastante en claro quién llevaba la delantera. El gorila tomó a Erik del cuello, lo empujó hacia el suelo con una rodilla y el chico cayó, dolorido, soltando la billetera.

—¡ES MÍA, HIJO DE PUTA, ES MÍA! –La voz de quebró.

—¡MARICÓN DESGRACIADO…!

Gustav corrió, seguido de Nelson. Al verlos, el gorila los amenazó con un puño. Pero Gustav no se dejaría intimidar por ningún puño. Se había quedado en el primer dan, pero todavía tenía buenos reflejos. Nelson se encargó de sostener a Erik, para ayudarlo a liberarse. El gorila rebuznó como un caballo y lanzó un golpe. Gustav lo esquivó, aferró el brazo y lo dobló hasta que tocó su espalda.

—¡DEJA EN PAZ A ERIK! –gritó. El gorila intentaba soltarse y quiso usar el otro brazo, pero Gustav lo atrapó de la muñeca y la torció hasta que oyó el *crac*. El gorila gruñó—. Iremos a la policía –jadeó Gustav, con la voz temblorosa—. No dejaré que sigas maltratándolo, ¿me has oído, pedazo de mierda? –Y lo soltó.

Cuando se dio la vuelta, vio que todos los vecinos habían salido de sus casas; observaban, atemorizados, la muñeca lánguida del hombre y la sangre que manchaba el suelo.

—¿Cómo estás? –Gustav apartó a Nelson y abrazó a Erik, que emitía sollozos intermitentes y tenía los ojos abiertos de pánico. El chico se aferró a su camisa, temblando. Gustav parpadeó y bajó la mirada. Gotas de sangre rojísima caían desde algún sitio… ¿desde dónde?

—Me duele, Gus… —Le alzó el rostro, aterrado. La nariz de Erik estaba empapada en sangre. La sangre corría libre por sus mejillas y labios… la sangre le manchaba los dientes… la sangre…

El gorila ya se había encerrado en la casa. Nelson estaba blanco como un papel. Los vecinos cuchicheaban entre ellos. Que el hijo de la puta esto. Que la puta se había casado. Que el hijo de la puta había salido puto.

—¡CÁLLENSE! –bramó Gustav. Lo tomó por la cintura y él le pasó un brazo por los hombros—. Será mejor que te vayas –le dijo a Nelson. El muchacho miró la sangre, preocupado—. Yo me encargaré de esto, no te preocupes. Vete tranquilo. –Nelson asintió con pesadumbre. Le tomó la mano a Erik y puso en ella la billetera.

—Gracias –susurró él. Nelson dio un paso hacia adelante. Vaciló. Chasqueó apenas la lengua y luego se acercó a él. Le acarició el cabello y lo besó fugazmente en la boca.

La nariz de Erik dejó de sangrar luego de quince minutos. En el hospital dijeron que «no era nada» y se preocuparon más por las heridas de las rodillas. Al chico le costaba horrores caminar y mientras se las desinfectaban con un trozo de algodón embebido en agua oxigenada, dijeron que le harían un par de radiografías para asegurarse de que todo estuviera bien.

Quisieron saber qué le había ocurrido. Un robo, les dijo él, con la voz gangosa de tanto haber gritado. Pero al ver los golpes antiguos que tenía en el resto del cuerpo, la doctora miró a Gustav con el ceño fruncido y le dijo que quería hablar con él. Mientras, una enfermera llevaba a Erik a la sala de rayos X.

—¿Qué le sucedió a ese chico, señor? La verdad, por favor. –Gustav suspiró.

Ese chico se llamaba Erik, doctora (Erik Meyer). Antes, las cosas solían estar casi bien. “Casi”, porque las cosas jamás habían estado bien del todo (siempre estuvieron mal). Hacía un par de meses, ese chico vivía solo con su madre (una puta). Ella estaba enferma (de la cabeza) y además era alcohólica. No, Gustav no sabía. Depresión, tal vez. Alguna de esas enfermedades mentales de nombres rarísimos. Erik había nacido en un intento de aborto. Seis meses. Sí, sí, Gustav sabía. A los seis meses no podía llamarse aborto. A la madre la habían violado (sí, claro). O eso era lo que había gritado estando ebria. Y… y… Gustav sabía todo eso porque eran

vecinos, doctora. El delincuente había vivido allí sólo unos meses. Se había largado. Eso se lo habían dicho los vecinos, porque Gustav jamás lo había visto. No, Erik no conocía a su padre. La madre (la puta) se había casado con otro tipo hacía esos dos meses que él había mencionado antes. El par de meses. Era un vividor (un hijo de puta), ¿sabía, doctora? Bueno, ese hombre (el hijo de puta)… ese hombre (el hijo de…), el esposo (el hijo…). Erik no era un mal chico (era lo más lindo del mundo), pero él, Gustav sabía que… sabía que muchos padres no deseaban hijos así (gay). Así (gay)… así (gay)… los padres querían hijos normales. Hijos (heterosexuales), hijos (heterosexuales)… ¡hijos heterosexuales, doctora! ¡Hijos que les dieran nietos (como la puta)! Sí, sí, Gustav se disculpaba (váyase al diablo). Ese hombre había golpeado a Erik, doctora… ese hombre lo había golpeado también el día anterior, doctora… ese hombre le había quitado el poco dinero que el chico ganaba en su trabajo, doctora… y si ese hombre golpeaba a Erik una vez más, ¡GUSTAV LO MATARÍA, DOCTORA!

—Hombre, tranquilícese. ¿Piensan denunciarlos?

Erik no quería. ¿A dónde iría a parar? ¿A un orfanato? Erik no tenía a nadie. No, mentira. Lo tenía a él. Gustav estaría siempre con él porque… porque lo quería (más que nada en el mundo). Se querían. Veintiséis (treinta y dos). Y Erik cumpliría los diecisiete en tres semanas (el catorce de febrero). Sí, menor de edad (como si no lo supiera), ¡pero Gustav jamás le había tocado un pelo! (¡Nunca me acosté con él!).

1

Las rodillas de Erik no sanaron por completo hasta el día de su cumpleaños. Ese día, como todos los días desde hacía tres semanas, el chico despertó junto a Gustav en la pequeña cama de la habitación. Él había bromeado con comprar una cama de dos plazas, la cama donde debían dormir los novios, los esposos, pero siempre que hacía una de aquellas bromas, la mirada de Gustav se perdía entre las venas del techo…

Erik llegó del cyber a las seis de la mañana. Se desnudó en silencio y se acurrucó junto a Gus. Hacía calor. Sonrió. Gustav insistía con que «era un niño». ¿Cómo se llamaban esas personas? ¿Fetichistas?

«VUELVO A LA TARDE, CONEJITO. TE QUIERO.»

Gustav legó a las ocho, con un pastel de chocolate y frutillas. La esquela seguía en su sitio y Erik seguía en la cama. Se apoyó en el marco de la puerta y lo observó dormir, así, casi sin ropa. Se habían sucedido tres semanas y todavía no sabía cómo se aguantaba las ganas. Erik se la pasaba lanzando indirectas que él fingía no comprender. Apretó los dientes. Erik estaba tan delgado, tan pálido...

—¿Así que soy tu conejito? –susurró, desperezándose. Gustav dio un respingo—. ¿Sabes cómo se llama eso, Gus? –El chico se le acercó, provocativo. Se pegó a su cuerpo y apoyó las manos sobre sus muslos y las fue subiendo hasta la entrepierna—. Se llama «ser un pervertido»—. Presionó con delicadeza el sexo por encima de los pantalones—. Y me encanta.

—Y tú eres un niño precoz. —«Y también me encantas». No quiso aclarar que lo de *conejito* iba por los dientes. Erik se rió. Paseó los dedos por los botones de su camisa.

—Ha llamado tu hermano —susurró, arrastrando por su clavícula una lengua muy húmeda y caliente. Gustav oía las cosas a medias.

—¿Y qué dijo?

—Mnn, estaba medio dormido. Creo que dijo que ha conseguido departamento.

¿Qué? ¿Axel había dicho eso? ¡Qué bien…! No, Erik. Quita las manos de ahí, Erik. Suéltame, Erik… Gracias, Erik.

—¿Cómo festejaremos mañana?

Ay, Gus no sabía. Gus se lo había pensado, sí, pero le daría mucha pena meterse con él en un hotel. Porque Erik era tan pequeñito, tan jovencito. Pensarían que eran un puto y su cliente… Llamarían a la policía para denunciar al depravado sexual que se acostaba con niños. Para denunciar al pedófilo.

Erik se apartó. Gustav permanecía serio. El chico dio un par de pasos hacia atrás y se sentó en la cama.

—Estás mal. Lo sabes, ¿verdad? –Gustav se quedó mudo. ¿A qué se refería?—. Ven aquí –ordenó Erik. Él se acercó—. Siéntate—. Obedeció—. Bésame—. Gustav parpadeó. Se inclinó hacia adelante, le acarició los rizos y, acercándose a su boca, deslizó el labio superior entre los suyos. Arrastró el inferior por su barbilla. En ningún momento fue más allá.

—Gustav… ¿qué te sucede? –Erik lo miraba abatido y confundido, con los ojos llenos de preguntas y el corazón repleto de dudas—. Es extraño. Sé que me quieres, pero a veces quisiera saber si en verdad te gusto—. Allí estaba el problema. Erik lo había descubierto, lo había

desnudado y lo había puesto sobre la cama. ¿Qué clase de relación tenían? Al principio él no había dicho nada, pensando que el tiempo y la convivencia ayudarían a romper el hielo. Después de tres semanas, en ese hielo tan sólo había fisuras pequeñas. ¿Y la intimidad? ¿Dónde estaban los juegos que le había enseñado Nelson?—. Quiero acostarme contigo, Gus. –Gustav pasó saliva. Sintió que se tragaba una piedra. Erik se acercó y le rodeó el cuello con sus bracitos desnudos y él se llenó del calor de ese cuerpo adolescente, revolucionado, que clamaba por el suyo muchísimo antes de comprender lo que eso significaba—. Abrázame, vamos… —Erik ahogó un jadeo cuando Gustav lo tomó de la cintura y lo sentó sobre sus piernas.

—Tienes que entender —le dijo al oído. Él se estremeció cuando el hombre le recorrió la espina dorsal con los dedos hasta atravesar el elástico de la ropa interior—, que tengo treinta y dos años y que nunca he tenido sexo con un chico de tu edad. –Erik se desenredó apenas y lo miró a los ojos. Gustav pensó que jamás había visto esos ojos tan de cerca. Eran dos abismos acuáticos, de un verde que sólo había visto en las fotos de los mares caribeños.

—Y tú tienes que entender –replicó Erik—, que ya no soy un niño. –Gustav suspiró y sonrió. El chico se soltó—. Yo no tuve infancia, Gus. Comencé a trabajar a los doce años. ¿Recuerdas, la tienda de plantas?

—Claro que me acuerdo. –Erik alzó la mano derecha y separó los dedos medio e índice, como formando una tijera. Sí, Gustav las había visto. Eran puntos blancos en la piel y nunca había preguntado qué eran. ¿Manchas de nacimiento, tal vez?

—Tenía siete años –dijo el chico—. Quería hacerme el desayuno, pero era muy bajito y no alcanzaba el asa de la tetera. Se volcó y me quemé. ¿Tú te preparabas el desayuno cuando tenías siete años?

—No.

—¿A qué edad empezaste a trabajar? –Gustav bajó la vista.

—Dieciocho…

—¿Qué compraste con tu primer sueldo? –Se sentía cada vez más incómodo.

—Una Nintendo 64… Y una pelota de fútbol para mi hermano.

—Yo pagué mi cena, me compré un abrigo, llevé mi ropa a la lavandería…

—Erik, por favor basta. –Dos lágrimas gemelas le bajaban a Gustav por las mejillas y él se horrorizó porque jamás había sentido tanta angustia y nunca había llorado por un hombre. Hombre. Sí, Erik era un hombre después de todo. Su infancia mutilada lo había obligado a

madurar prematuramente: supervivencia. Gustav agradecía a los cielos que Erik no anduviese metiéndose coca por la nariz o robando en los trenes o que no estuviese encerrado en un reformatorio para delincuentes juveniles. Era un milagro. Era un milagro que estuviese allí, junto a él, sin más cicatrices que las de su cuerpo, con la cabeza bien puesta sobre los hombros, las neuronas en su sitio y un asiento aguardándole en la secundaria pública para comenzar el cuarto año. Erik podía ser un poco precoz, pero eso había sido parte del trato. ¿Gustav se quejaba? ¿Acaso no había salido con un joven de veintidós años que seguía viviendo de la billetera de su padre y se escondía bajo las polleras de la madre? Erik tenía billetera propia. Y además, la falda de la puta era demasiado corta como para esconderlo—. Claro que me gustas.

—Tengo que estar en el cyber a las dos de la madrugada. Ya casi es San Valentín.

—Y tu cumpleaños…

—Y mi cumpleaños –repitió el chico, curvando los labios en una sonrisita. Con un dedo pálido y esbelto le limpió las lágrimas del rostro—. ¿Qué me regalarás?

—Es una sorpresa.

—Sabes que no quiero nada. Sólo quiero quedarme aquí contigo… y que no hagamos muchos mimos.

—¿Por qué me hablas con esta voz? –preguntó Gustav, besándole el cuello. Erik echó la cabeza hacia atrás.

—Es extraño. Te excita que me comporte de manera infantil, pero cuando te pido sexo te reprimes. No te sientas culpable. Si te quedas más tranquilo, te digo que estamos en las mismas condiciones. Si «A» es mayor que «B», «B» es menor que «A». –Gustav rió.

—Muy bien, conejito. Un diez. –Erik no hizo caso.

—No eres un enfermo ni un pedófilo…tengo diecisiete años, Gus.

—Faltan dos horas para tu cumpleaños.

Oh, pero eso ni Erik lo sabía. Apenas podía estar seguro de que había nacido el catorce de febrero: su madre se lo había gritado en la cara, salpicándole de whisky. Gustav se levantó y le dijo que iría a prepararse algo para comer. Erik le respondió que tenía ensalada de atún en el refrigerador y que se iría a duchar.

Gustav comió en silencio y encendió el ordenador. Les había dado su dirección de correo electrónico a los chicos y sabía que pronto comenzarían a atosigarle con preguntas. Hacía tres

años una colega le había recomendado que creara un *blog* donde pudiese colgar las fechas de los exámenes y los alumnos pudiesen realizar sus consultas…

«SabrinaLove: Feliz Navidad, Gus. Besitos.»

«Daniel: Profesor, no entiendo por qué no se puede aplicar L'Hopital en este límite (link)»

«SabrinaLove: ¡Feliz Año Nuevo, Gus! Besitos!»

«Johnny: Gustav, ¡socorro! ¿hay que usar el teorema de los valores intermedios en el problema 9? Si es así, no me sale…»

«SabrinaLove: ¿Qué harás en San Valentín, Gus? Besitos!!!»

Gustav ya se había acostumbrado a los comentarios desubicados. Ya contestaría las preguntas. Ahora sólo quería relajarse y descansar. Erik había dejado abierta la puerta del baño. Desde el ordenador, Gustav podía verlo de pie bajo la lluvia de la ducha… refregándose el cabello, el cuello, los hombros, el pecho…

http://www.fotolog.com/take_my_blood...

Ahí estaba, el Duende. Con el pelo grasiento cayéndole sobre las mejillas, los ojos ribeteados de negro, un nuevo *piercing* en la ceja y unas manchas rojas en los labios simulando sangre. Qué asco de ser humano. ¿Por qué Dios permitía que existiera?

«Erase una vez un Nelson que se fue con Draco y Lucas a una fiesta de egresados (por cierto, excelente fiesta) en Gothic Mist, ahí entre los pelos púbicos del diablo, en calles feas donde podían violarte y nadie se enteraba…

Luego, llegaron y tardaron 50 mil años en entrar porque a uno le dio epilepsia (?). Ja, bueno… luego de eso había un emo que esta para darle guerra toda la noche los 380 días del año. Ah, ¿y qué? Tenía que decirlo… ay, qué babosos… (no, Draco no, porque a él le gustan los metaleros).

Bueno, entramos… una onda a La Klonada: el lugar se ponía pero la música era medio verga.

Y he aquí otra frase: "Me dejarán como a sticker".

¡Ooooh, bang, bang! ¡¡Noo, están jugando al Counter Strike en el baño!! Jajaja!!

Y bueno, Lucas quería chacha por la cola (?)… Ah, no ese era yo...

Y en fin… Me lo pasé genial.

Y tú sabes que me habría gustado que vinieras, bebé. Dentro de un añito serás mayor edad, ¡ya falta poco! Te quiero mucho mucho mucho, peque!!

Beso beso besooo y awwwwww (L)»

Gustav quedó aturdido. Tuvo que leer varias veces el texto del *post* para darse cuenta de que el Duende narraba una salida nocturna y de que, no podía ser de otra forma, se dirigía a Erik con aquellas últimas frases. Bebé, peque, te quiero mucho mucho mucho, beso beso beso. ¿Awwwww? Sí que se había puesto cariñoso ese Duende. ¿Y cómo no? Había mantenido relaciones con Erik durante casi un año... ¿Se habría fijado en él? Gustav temió lo peor. ¿Se habría enamorado, acaso?

Erik salió del baño completamente desnudo y fue dejando un camino de mosaicos mojados. No cerró el grifo. Gustav se levantó y cuando se asomó a la habitación, vio que Erik se había recostado y que seguía desnudo. Dio la media vuelta y entró en el baño. Se quitó la ropa y se metió en la ducha. El chico apareció en el marco de la puerta; observaba, emocionado, que Gus parecía al fin dispuesto a olvidarse de sus traumas.

—Será la primera vez que festeje San Valentín –le dijo, dándole una toalla. Gustav sonrió—. Son las diez.

—Tendremos que entretenernos las dos horas que faltan.

—Jugaremos a las cartas. –Erik se abrazó a su cintura y fue empujándolo con delicadeza, haciendo que caminara hacia atrás. Salieron del baño, entraron en el dormitorio, Gustav cayó sentado sobre la cama y Erik trepó por sus piernas como un animalito ansioso. Esa habitación había sido de sus padres hacía diez años y era el único dormitorio con ventilación. Un ex compañero de sexo le había pedido que colocara la cama paralela a la ventana para poder apoyarse en el alféizar cuando le tocaba ser pasivo. Gustav, siempre complaciente con sus hombres, había aceptado y también se había apoyado allí cuando le tocaba ser pasivo… Por la ventana se veía el pequeño patio a cielo abierto donde tenía la lavadora y la ropa colgada. Erik se tendió boca arriba con las piernas separadas y Gustav se hizo lugar entre ellas, acariciando los muslos frescos y suaves, blancos, elásticos.

—Me habría gustado que fueras tú –le susurró el chico, mientras él comenzaba a recorrer con labios y lengua el pecho y el cuello—. Pero luego habrías corrido a la iglesia para confesar tu pecado. —Gustav le pellizcó la cadera y Erik chilló.

—Vamos a ver qué tan bien te ha entrenado la chica del exorcista… —Erik soltó una carcajada y a continuación se tragó un jadeo cuando Gustav derramó una gota de saliva sobre su glande y lo frotó con el pulgar mediante un masaje suave. Cerró los ojos. Nelson nunca se la había chupado tan bien. Se revolvió y se deslizó entre las sábanas con la mano extendida. Gustav comprendió y, ladeándose dejó que Erik se volteara y escabullera la cabecita hasta encontrar su pene. Erik se lamió los dedos y, formando un anillo, lo aferró.

Gus echó la cabeza hacia atrás. Los rizos le hacían cosquillas entre las piernas y el calor mojado de esa boca impaciente le estaba abriendo las puertas del cielo. Cerró los ojos para que Erik no se incomodara, pero cuando los abrió se encontró con esos abismos acuáticos que lo miraban con muy pocos pudores. Demasiado pocos. Erik le guiñó un ojo. No lo podía creer. Se iba a volver loco. Extasiado, jadeó ronco y profundo y oyó la risita, la risita del angelito que se había convertido en demonio y que tenía un infierno bajo la lengua. Alargó la mano. Los dedos se le perdieron entre los rizos. Agarró uno y lo estiró en todo su largo. Lo soltó y el bucle volvió a su sitio, como un resorte. Hizo lo mismo de nuevo, de nuevo y de nuevo…

—Qué idiota —se quejó Erik, apartando la cabeza, guardando la lengua en su sitio. Gustav se mordió los labios y boqueó, como un pez fuera del agua.

—Eh… Te prometo que no lo haré más.

Erik se rió y le dijo que no importaba; que le tocara el pelo, que le tocara todo todo todo. Que le hiciera lo que se le antojara donde se le viniera en gana. Que le hiciera absolutamente todo por todos los sitios…

De rodillas, Erik se apoyó sobre el alféizar de la ventana cuando Gustav se disponía a penetrarlo. Agachó la cabeza y Los rizos se balancearon en el aire. Cuando se ladeó para verlo, Gustav empujó suavemente para acabar de entrar. Erik sólo logró ver el pelo oscuro que le caía sobre la frente, sus hombros, sus brazos musculosos y las manos fuertes que lo sostenían de la cintura y del pecho. La mano abandonó la cintura y se sumergió en su cabello.

—Aah, Gus…

1,002

Eran las dos y diez de la madrugada y Erik corría a toda prisa hacia el cyber. Él era muy responsable con respecto a su trabajo y a la escuela: jamás llegaba tarde. El cyber estaba a cuatro manzanas de su casa, frente a un parque donde se reunían parejitas adolescentes para besuquearse un rato y meterse mano. Antes, Erik siempre solía mirar a esas parejitas con envidia. Qué remedio. Jamás podría estar con Gus allí, pero no le importaba. Ellos tenían una casa, un dormitorio, una cama y unas sábanas limpias que habían llenado de sudor, gemidos y éxtasis.

—Tengo que contarte algo –le había dicho Gustav, en el entretiempo que se tomaron para respirar, tirar los condones y tomar un vaso de agua—. El departamento que consiguió mi hermano es para mí. El vendrá a vivir aquí. Mi cuñada está embarazada de nuevo y necesitan una casa más grande. Quiero que vengas conmigo.

Era una decisión difícil para Erik. Él podría no amar a su madre, pero tampoco lograba odiarla. Siempre se había sentido de más en el mundo: una mancha de petróleo en el océano, una nube negra en medio de un cielo espléndido. Su madre se había encargado de hacerle sentir así. Gustav había remendado esas heridas. Erik jamás podría saber si detrás de esa cabellera rubia, en ese cráneo castigado por el alcohol, había existido alguna vez una pizca de amor para un ser que había llegado sin permiso. Tal vez el gorila lograra sacarla del pozo o tal vez se hundiesen juntos. Él no podía hacer nada al respecto. Sí, se iría con Gustav.

—¡Entra de una vez! –La voz de Nelson en el telefonillo lo sobresaltó. La puerta chirriaba. Erik la empujó y el ambiente fresco del cyber, gracias al aire acondicionado, fue encargándose de bajar su temperatura—. Buenas noches, bebé. –Nelson se inclinó por encima del mostrador y Erik lo saludó con un beso en la mejilla.

—¿Qué me toca hoy? –preguntó. ¿Podía ser cierto? ¿Nelson olía a perfume? Se vendría el mundo abajo.

—Barre un poco las cabinas –dijo el muchacho, encogiéndose de hombros. Erik dejó la mochila bajo el mostrador, fue al baño a orinar y se metió en el pequeño cuarto donde los empleados guardaban los trastos de la limpieza. Le dio al interruptor, pero la luz no se encendió.

—Genial —Asomó la cabeza hacia afuera—: Nelson, ¿me traes una bombilla? –Se tropezó con un balde y cayó sentado sobre los trapos mojados. La puerta se abrió de un golpe, Nelson detrás—. ¿Por qué siempre está tan oscuro este lugar? Se lo pregunté al jefe y me dijo que en la noche le da buen aspecto. Yo no quise decirle que en la noche esto parece un antro y más aún con esas cabinas ahí atrás… ¿Dónde está la escoba? Ah. ¿Sabes que el otro día había un tipo

masturbándose en la cabina tres? Estaba viendo porno. Cuando fui a quejármele me preguntó si no quería “darle una mano”. Y me tocó el culo. Fui a decirle al jefe, y cuando volvimos se había ido sin… pa… gar…

—Feliz San Valentín, bebé. –Nelson se había pegado a su espalda y lo sostenía de la cintura. Erik sintió sobre su cuello su aliento mitad a cigarrillos mitad a pastillas de menta—. Y feliz cumpleaños.

—Gracias… —Nelson movía algo frente a sus ojos. Cuando se detuvo, y en medio de la oscuridad, Erik se dio cuenta de que era una barrita de chocolate. Quieto y algo nervioso, vio cómo el muchacho la abría y se la acercaba a la boca. Dio un mordisco.

—Mnnn, hueles rico, bebé. –Nelson se relamió los labios y los apoyó en su hombro, barriendo la piel hasta llegar al cuello.

—Oye, no –se quejó Erik, aunque ladeando la cabeza en respuesta.

—¿Qué pasa? ¿No quieres? ¿Ya te ha dado el profesor para que tengas? –Erik se soltó.

—Sí. –Nelson lo miró con cara de no poderlo creer—. Hoy… lo hicimos.

—¿De verdad? ¿Lo hicieron… todo? –Nelson parecía no creerle de veras y Erik no quería lastimarlo. Estaba enamorado de Gus desde hacía el tiempo suficiente como para conocer los síntomas—. ¿Te folló?

—Sí.

—¿Y tú… a él?

—También. –Nelson suspiró y apoyó la espalda contra la pared. Él no le veía ningún futuro a esa relación. Después de todo lo que Erik le había contado, le parecía casi enfermiza. Un hombre tan grande…

—Así que es gay del todo, entonces…

—Como yo.

—¿Y lo nuestro… se acabó?

—¿Comenzamos algo alguna vez? –preguntó Erik, intentando no ser despectivo. ¡Pero era la verdad! ¡Nelson nunca le había dicho absolutamente na...!

—Te quiero. –Erik apretó los labios. Bajó la vista. Nelson lo miraba, tal vez tratando de encontrar en esos ojos un atisbo de duda, de vacilación. No había nada. Erik se le acercó.

—Yo también te quiero, Nel. Pero estoy enamorado de Gustav –susurró—. Lo siento. –El muchacho se encogió de hombros, forzando una sonrisa.

—Está bien. Ya lo sabía. –dijo—. No tenía muchas esperanzas. –Nelson volvió a tomarlo de la cintura y lo acercó a su cuerpo—. Dame un beso de despedida al menos. –Erik le sonrió. Le apartó de la cara las mechas de pelo grasiento y acarició sus labios con los suyos. Nelson lo abrazó con fuerza y sus entrepiernas se rozaron por encima de la ropa—. Siempre estaré para ti, ¿sabes, bebé? Si rompes con el profesor…

—De acuerdo. –En ese momento, la puerta se abrió sin aviso y la poca claridad reinante en la sala principal se acomodó entre el escaso espacio del cuartito.

—Nelson… Ah… —Era el jefe. Como siempre, hizo ojos ciegos a la escenita de los dos varones que se acercaban más de lo heterosexualmente recomendado—. Hay clientes en el mostrador, ve a atenderlos. –El muchacho se desenredó de él y salió, algo apenado—. ¿Qué haces aquí, Erik?

—Ah… Yo… —El jefe puso los ojos en blanco.

—Nada, nada… no he dicho nada. Mientras no monten un numerito en las cabinas. La juventud de hoy en día… –Y se fue de allí. Erik suspiró. ¿De modo que todo había sido un truco? Se limpió la barbilla húmeda con el dorso de la mano y salió. Sin mirar a Nelson, recogió su mochila del mostrador.

—Perdón –se disculpó el muchacho. Erik le respondió tan sólo con una sonrisa. Nelson le entregó un paquetito de papel metalizado—. Es para ti. Acéptalo. –El chico vaciló—. Por favor. –A regañadientes, lo tomó. Era una vincha elástica, de color negro, nueva, parecida a aquélla que Erik se había olvidado una noche en su dormitorio y que había aparecido en la caja de arena de los gatos.

Erik salió del cyber. Eran las tres menos cuarto de la mañana. Debería volver al otro día a las cinco de la tarde para quedarse hasta la medianoche. Mientras regresaba a casa, pensó en lo que le había dicho Nelson: «siempre estaré para ti. Si rompes con el profesor…». Sabía que no debía tomarse muy en serio esa declaración. De todas formas, esperaba no tener que comprobarlo jamás.

Nimphie Knox

http://nimphie.blogspot.com

Lee mi novela gótica **MENFIS** en:

http://menfis-novela.blogspot.com